

Mística y espiritualidad deportivas

Mysticism and spirituality in sports

Jonathan Andrés Rúa Penagos

Docente de la Fundación Universitaria Luis Amigó. Miembro del grupo de investigación "Filosofía y Teología Crítica" de la misma institución. Magister en Teología de la Pontificia Universidad Bolivariana. Teólogo y estudiante de Filosofía de la Fundación Universitaria Luis Amigó. Estudiante de Licenciatura en Educación Física de la Universidad de Antioquia.

Web: www.jonathanrua.com Email: jonarua@hotmail.com



Resumen

Este artículo describe los elementos de una mística y espiritualidad deportivas, a partir de la concepción panikkariana¹ del ser humano y de la realidad, que facilitan la liberación del sujeto inmerso en el contexto deportivo, de las injusticias y condiciones de muerte que padece en su diario vivir. Con este ejercicio hermenéutico se concluye que la mística y la espiritualidad proporcionan herramientas existenciales para el desarrollo humano integral, la denuncia de los elementos que están en contravía de la dignidad humana, y la búsqueda de estrategias que humanizan el contexto deportivo moderno.

Palabras clave: Mística, Espiritualidad, Deporte, Libertad, Teología del Deporte.

¹ En referencia a [Raimon Panikkar](#)

Summary

This article describes the elements of mysticism and spirituality sports from panikkarian conception of man and reality, to facilitate the release of the subject immersed in the sporting context, injustice and death conditions in their daily suffering live. With this exercise hermeneutical concludes that mysticism and spirituality existential provide tools for human development, the denunciation of the elements that are counter to human dignity and the search for strategies that humanize the modern sports context.

Key Words: Mysticism, Spirituality, Sports, Liberty, Theology of Sports

Introducción

El deporte es un ámbito en el que el ser humano se desenvuelve como ser místico. En los eventos deportivos es común ver todo tipo de manifestaciones religiosas, desde simples amuletos o charlas espirituales, hasta actos ceremoniales y litúrgicos. Sólo en la Unidad Deportiva Atanasio Girardot (Medellín, Colombia) y particularmente en lo que fuera antes de los *Juegos Suramericanos 2010* la *Plaza de banderas*, se reúnen los domingos en la mañana decenas de deportistas para celebrar el misterio de Dios manifestado plenamente en un ser humano que dio la vida luchando por el bien común y la justicia: Jesús de Nazaret presente en la Eucaristía.

En época de competencias, se celebran en el mundo encuentros ecuménicos para darle continuidad a la tradición religiosa que dio origen a los Juegos Olímpicos. No es el hecho de las manifestaciones externas lo que da pie para hablar de espiritualidad en el deporte, pero son signos que evidencian la relación que el deportista establece con el eterno. Ante estos hechos es posible preguntarse ¿Cuáles son los elementos que integran una mística y espiritualidad deportivas?

Este escrito pretende proponer una mística y espiritualidad deportivas a partir de la concepción panikkariana del ser humano y de la realidad, que facilite la liberación del sujeto inmerso en el contexto deportivo, de las injusticias y condiciones de muerte que padece en su diario vivir. Para desarrollar este objetivo, el texto aborda los antecedentes de la reflexión teológico espiritual sobre el deporte, define el concepto de deporte, aclara la noción panikkariana de mística y su incorporación en el ámbito deportivo, y para finalizar, esboza los rasgos de una espiritualidad deportiva liberadora.

Antecedentes de la reflexión

La mística y espiritualidad deportivas hacen parte de un discurso más amplio que es denominado en el medio como Teología del Deporte. Esta teología del siglo XXI es definida como “la reflexión a posteriori sobre la experiencia trascendental del ser humano, que se dirige hacia el Misterio Sagrado y que está circunscrita a un contexto histórico deportivo” (Rúa, 2012b:141). Los campos de reflexión teológicos sobre el deporte tienen que ver con los presupuestos antropológicos y epistemológicos de este discurso, los referentes bíblicos de los juegos antiguos, la postura de los Padres de la Iglesia sobre los espectáculos romanos, el sentir del Magisterio Pontificio y Latinoamericano relacionado con el deporte, la moral, la pastoral y la espiritualidad deportivas.

La tradición teológica da cuenta de personas que han profundizado en el aporte del deporte para la vida del cristiano y viceversa. Ryan considera que la espiritualidad deportiva, entendiendo el deporte de una manera muy general, responde a “modelos de comportamiento que dan expresión a la fe de cada cual” (1989:279). Estas expresiones de fe son valiosas en la medida en que ayudan a fortalecer los valores humanos y el desarrollo espiritual del deportista. El ascetismo, la disciplina, la decisión, el dominio de sí mismo y la liberación del trabajo son algunas características del deporte, que llevadas al ámbito de la vida del cristiano, fortalecen una relación con Jesús de Nazaret y con los hermanos en Dios. El deporte hace al ser humano más despierto, más conscientes y en él se desarrollan momentos de oración necesarios para el seguimiento del amado.

Hans Lenk (1989) aborda dos maneras de concebir la espiritualidad deportiva. La primera tiene que ver con la incorporación de la meditación zen en el campo deportivo. Es una experiencia interior que muestra, por ejemplo, el acto de correr como una experiencia meditativa o el alpinismo como una experiencia de inmersión. En esta dimensión, los conceptos y reflexiones sobran, no existe la conciencia, la técnica deportiva pasa a un segundo plano y la figura del maestro consiste en ser un humano espiritual. Esto hace que el deporte se conciba como un medio para el conocimiento de sí mismo, para llegar a lo más profundo del corazón y experimentarse uno con Dios, con los otros y con la naturaleza.

La otra manera de concebir la espiritualidad deportiva, según Lenk (1989), tiene como punto de partida un elemento esencial de la filosofía existencial, a saber, la experiencia del dolor, de la muerte y el riesgo. Aquí el “yo” se hace consciente de las dificultades, y el deporte se convierte en una ascética para la vida.

Estas dos maneras de concebir la espiritualidad corresponden quizá a dos tradiciones espirituales diferentes que podríamos denominar oriental, con su no consciencia, y occidental, con su ascética consciente. Lo que une estas dos posturas, en donde convergen estas experiencias espirituales, son la experiencia emocional intensa y la alegría.

Sergio Adarme (2004) manifiesta que el deporte desde sus orígenes ha estado relacionado con la espiritualidad humana. El hombre se transporta hacia lo divino a través del movimiento; los Juegos Olímpicos eran inicialmente eso. Si se recupera esta dimensión espiritual del deporte es posible humanizarlo y convertirlo, no en instrumento de alienación, sino de liberación humana. La Iglesia está llamada a participar de esta transformación mostrando que el deporte puede propiciar valores como el de la gratuidad, el sentido, la libertad y el encuentro con todo lo creado.

El Rugby fue para Alfonso Alonso Lasheras (2006) una experiencia única en su vida espiritual. Allí aprendió la importancia de la entrega y la superación personal. Reconoce que el deporte está impregnado de valores cristianos y que fortalece una ascética cristiana. Valora mucho el texto de 1 Cor 9, 24-25 pues es un elemento importante para la espiritualidad deportiva. Según Alonso, hay cuatro cosas que están relacionadas con el ser humano, Dios y el deporte: el sufrimiento-sacrificio, el anteponer los intereses del equipo al interés propio, la perseverancia y la alegría.

Juan José Moreno (2006) también expresa un testimonio como deportista y como creyente, a partir de un deporte muy popular: el baloncesto. Según su experiencia, el deporte lo ha motivado a trabajar en equipo, junto a otros; dar lo mejor de sí, tener sentido de pertenencia, y a esforzarse siempre para mejorar en la presencia del entrenador divino, Jesús.

El Magisterio Pontificio en sus diversos pronunciamientos ha dejado entrever una espiritualidad deportiva. Luis Alberto Duque Salas (1997) recoge estos testimonios que son más evidentes en Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II. El primero de ellos muestra la importancia de, en medio de la participación deportiva, asumir responsablemente la vida de piedad y los deberes religiosos. Además, concibe el deporte como una figura de perfección cristiana y un ámbito en donde el testimonio debe estar presente. Esta última indicación es un llamado a que el hijo de Dios sea valiente y le haga frente a fenómenos como la instrumentalización, comercialización y masificación deportivas que amenazan, en muchas oportunidades, con deshumanizar a la persona.

Pablo VI concibe el deporte desde la perspectiva espiritual como un campo en donde se vive la fe. Por ello es necesario lograr la armonía entre la vida cristiana y la práctica deportiva. Otro elemento importante es que el deporte es una propedéutica de la lucha espiritual cristiana, una escuela de aprendizaje de la caridad y la paz.

Algunos aportes de Juan Pablo II son de gran importancia para mostrar los antecedentes de la reflexión espiritual sobre el deporte. En primer lugar, el Papa continúa en la línea de sus predecesores percibiendo el deporte como una posibilidad para la ascética cristiana, ya que implica esfuerzo, perseverancia y paciencia. Por otro lado, este fenómeno social es una escuela de virtudes cristianas como la fe, la caridad, la lealtad, la justicia y la generosidad. El deporte le recuerda al ser humano que la meta es la santidad y la carrera es un entrenamiento para la vida recta y por ello el deportista debe acudir a la oración y no descuidar la celebración del día del Señor.

Una vez abordados algunos antecedentes de la tradición espiritual recientes sobre el deporte, este texto aclarará qué es el deporte, de modo que la reflexión posterior sea delimitada, y se introducirá en el tema de la mística y la espiritualidad liberadora.

¿Qué es el deporte?

De entrada, es necesario aclarar que no todo lo que el ser humano hace, y que se circunscribe al contexto de la motricidad humana, es deporte. La palabra *deporte* se utiliza actualmente en el común de las personas de una manera indiscriminada, pero su significado en los estudios recientes tiene una connotación precisa que es necesario tener en cuenta para distinguirlo de otros fenómenos muy similares a él.

La *motricidad* es la posibilidad que tiene el ser humano para moverse (Sérgio, 2003). La *actividad física* hace énfasis en el movimiento del cuerpo, todo lo que el ser humano hace se incluye dentro de esta categoría: caminar, saltar, correr, etc. El *juego* tiene que ver con la alegría, el disfrute y el placer. *El ejercicio* es una actividad física sistemática y planeada realizada para consolidar en el ser humano la salud; aquí se incluyen todas las actividades relacionadas con el fitness. La *Educación Física* es el proceso pedagógico orientado a la formación integral del ser humano y se realiza por lo general en centros educativos. Y por último, el *deporte* es un fenómeno competitivo, con normas y récords; su valor principal es el rendimiento y se configura fundamentalmente en el siglo XIX (Brohm, 1982).

El deporte es una actividad física, hace parte de la motricidad humana, puede tener elementos lúdicos e incluso educativos, pero posee elementos estructurales que lo

identifican entre las otras manifestaciones motrices. Podría decirse que cada una de las acciones mencionadas anteriormente se diferencian por su objetivo: el objetivo del juego es diferente al del deporte, el propósito de la Educación Física difiere del que posee el deporte; el fin del deporte es la comparación, la competencia, la demostración de habilidades físicas superiores.

Hay otros elementos que diferencian al deporte del ejercicio y la Educación Física; son: las lógicas de poder y prestigio implícitas allí, la reproducción deportiva del modelo capitalista cuyo valor central es la producción, la instrumentalización del ser humano en función del rendimiento, la espectacularización de los movimientos, la mediatización de las figuras deportivas, la inequidad social que potencialmente genera al privilegiar la destinación de dineros públicos en un número reducido de deportistas de élite (Rúa, 2011), y la idolatría.

Para mayor claridad, deporte no es salir a caminar o trotar los domingos en la mañana; tampoco lo es ir con la familia a un centro recreativo, o ir a un gimnasio. El deporte es otra cosa, y el mejor ejemplo de ello son los Juegos Olímpicos, las competencias nacionales e internacionales. En ese sentido, cuando se habla de una mística y espiritualidad deportivas se hace referencia a una espiritualidad de ese fenómeno que privilegia la competencia y el rendimiento a la formación integral del ser humano.

Muchos teólogos del deporte utilizan el término *deporte* indiscriminadamente, y es bueno aclarar en qué sentido se usa la palabra. Por ejemplo, cuando se hablaba en el apartado anterior de antecedentes de la espiritualidad del deporte no se hacía una definición del concepto de *deporte*. El deporte en ese caso era entendido como actividad física. En todo caso, las líneas siguientes de este escrito partirán de la concepción de deporte ya aclarada y distinguida de los otros fenómenos similares.

El deportista como ser místico

Deportista es quien practica deporte, que como describe este escrito es un fenómeno exigente y utilitarista. Lo que hace que el deportista sea místico no es el hecho de practicar deporte sino el hecho de ser humano.

La mística, en la tradición espiritual cristiana, ha sido reservada a unos cristianos privilegiados que de manera sobrenatural, especial y extraordinaria se contactan con Dios y obtienen de Él beneficios por su santidad de vida. Usualmente se les atribuye la mística a grandes cristianos como Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz; sin embargo, la espiritualidad cristiana ha comprendido que ser místico es una característica del ser

humano. Uno de los actores de este cambio en la concepción del fenómeno místico es Raimon Panikkar, teólogo español fallecido en el año 2010.

La mística para Pannikar es la experiencia integral de la vida (2005). Experiencia que es propia de todo ser humano y por eso es una condición antropológica. En sus propias palabras es “la vivencia completa tanto del cuerpo que siente vivir con palpitaciones de placer y dolor, como del alma, con sus intuiciones de verdad y riesgos de error, añadidas a las figuraciones del espíritu que vibra con amor y repulsión” (Panikkar, 2005:26).

Como se intuye de las afirmaciones anteriores, la concepción antropológica que subyace en el discurso de Panikkar es tripartita: el ser humano es, para este místico, cuerpo, alma y espíritu². Es eso, no de manera separada o fragmentada, sino que, siendo unidad, participa de las tres dimensiones de la realidad: lo divino, lo material y lo humano.

La mística es propia de todo ser humano; incluso el deportista no puede sustraerse de esto. Lo que sí puede suceder es que se atrofie esta posibilidad a causa de la cultura actual. Decir que el deportista es místico es decir que él experimenta plenamente la realidad y lo hace con todo lo que es.

Es propio de la mística el misterio y el silencio, ella se expresa en un lenguaje simbólico que da cuenta del toque inmediato con la realidad. El lugar de la mística es lo cotidiano, ella no distrae al ser humano de lo que vive diariamente, al contrario, ayuda a vivir intensamente. De hecho: “bien entendida, es el reino de la libertad: libera al hombre tanto de sus condicionamientos trascendentales como inmanentes sin dejar de caer, por otra parte, en un libertinaje anárquico, puesto que le abre el camino para realizar su identidad” (Panikkar, 2005:42). Eso implica que la mística es liberadora. En ella no se separa justicia y justificación, no es como “algunas espiritualidades desencarnadas [que] se han reservado la *justificación* para el cielo, abandonando la justicia a los avatares «terrenales»” (Panikkar, 2005:118). La mística establece la armonía entre esas dos realidades.

Llevando esto al contexto propio del deportista, es decir, al contexto deportivo, sería propio de un ser humano que practica deporte integra en su vida la justicia y la justificación. En la vida, que es espiritual, no hay campo para las injusticias, la muerte, la desigualdad, el maltrato, la idolatría, el deseo excesivo de prestigio, porque:

² Esta visión antropológica es enriquecida cuando se percibe al ser humano como un ser en relación y como un ser motriz.

No se puede exultar Gloria al creador si se maldice la Creación; no se puede gozar del *ānanda*, de la felicidad de lo Real si se desprecia su Apariencia; no se puede gozar de la plenitud de la Vida si se mutila; no puede haber un gozo plenamente humano si se ha descartado la participación corporal – ni viceversa. (Panikkar, 2005:119)

Ser místico implica acoger un compromiso radical con el amor a Dios y al prójimo. El deportista que ama a Dios como así mismo, ama a su hermano y lo protege de ser instrumentalizado en función del rendimiento, de ser utilizado mediáticamente y dejarse seducir por la fama, el prestigio y el poder.

“No hay mística sin conocimiento como no hay mística sin amor, ni ésta existe sin la acción” (Panikkar, 2005:120). La mística hace que el ser humano no permanezca encerrado en sí mismo, ella hace que el ser humano salga hacia afuera, se regale, se done. Ser místico en el deporte no consiste en subir una montaña y extasiarse o realizar ejercicios de meditación u oraciones para mejorar el rendimiento de los deportistas y seguir alienándolos a la lucha por el prestigio. Ser místico es vivir plenamente la realidad en donde se esté, desprenderse del interés egoísta de ocupar los primeros puestos y salir hacia el otro amándolo, luchando por sus derechos humanos y reconociendo su dignidad como persona.

Elementos para vivir una espiritualidad deportiva liberadora

La teología dejó durante mucho tiempo la espiritualidad entre paréntesis; se dedicó sólo a contenidos y miraba con sospecha todo aquellos que diera cuenta de una experiencia de Dios. En tiempos del Concilio Vaticano II la crisis de la teología y de sentido en las personas suscita la necesidad de volver al espíritu y repensar las prácticas eclesiales. La teología retoma la espiritualidad.

La espiritualidad está íntimamente ligada a la mística, podría decirse que son palabras sinónimas. Espiritualidad es vivir bajo la acción del Espíritu. Ella integra a la persona, es experiencia de fe, se relaciona con el otro y con el mundo, es gratificante, gozosa y fraterna (Gamarra, 1997). Espiritualidad deportiva implica vivir a Dios como espíritu en el contexto deportivo. Vivir en el espíritu, en términos cristianos, significa vivir para hacer evidente el reinado de Dios; esa fue la causa de Jesús de Nazaret.

La espiritualidad responde a clamores y esperanzas de la gente, es un intento de síntesis creativa de lo que significa ser humano y cristiano en nuestro tiempo, un tiempo en donde

abunda la pobreza (no sólo material), los desesperanzados y los sufrientes (Sobrino, 1990). Ser pobre en el deporte significa muchas cosas, por ejemplo, carecer de bienes materiales y ser utilizado por el sistema deportivo bajo promesas de bienestar; también significa vivir sin sentido, asumir la sexualidad irresponsablemente, aumentar la brecha entre adinerados y desfavorecidos, ser maltratado y violentado o estar bajo el yugo del prestigio y la fama.

En estas circunstancias, el primer paso³ del deportista para vivir una espiritualidad liberadora es reconocer su dimensión espiritual y mística, encontrarse consigo mismo, con los otros, con lo otro y con Dios. El deportista sufre también la angustia de la soledad y la solitud, es un itinerante que viaja y viaja en busca de algo que no sabe qué es y que cree está en las medallas. En una espiritualidad deportiva liberadora es fundamental el encuentro con el Misterio de la vida, con la trascendencia, con lo divino, lo eterno. Ante los gritos de los deportistas oprimidos y alienados, el Dios que libera se hace presente para recordar su acción liberadora.

Una vez se reconoce al Misterio como más grande que el deportista, la misericordia es la consecuencia lógica. La misericordia “significa re-acción ante el sufrimiento ajeno que se ha interiorizado, que se ha hecho una misma cosa con uno mismo, para salvar” (Sobrino, 1990:454). Esto hace al deportista sensible ante las injusticias que ocurren en su contexto. Ya se decía anteriormente: el amor y la mística no pueden separarse.

Jesús fue misericordioso, sanó enfermos, curó leprosos, habló con prostitutas, comió con pecadores. El deportista que vive una espiritualidad liberadora está con el que pierde, lucha por la justicia, por los derechos de los deportistas, invita a vivir con sentido humano, se aleja de los sistemas que lo utilizan como objeto de producción, en último término, hace evidente en su vida cómo reina Dios en él.

El itinerario espiritual del cristiano, según Sobrino (1990), continúa con una actitud de esperanza en donde la persona se mantiene fiel al seguimiento de Jesús. La perseverancia del deportista, de la que tanto hablan los teólogos del deporte, es una actitud necesaria para una espiritualidad liberadora. La emancipación, la liberación de las circunstancias de muerte y de pecado es un proceso lento y largo. Mantenerse fiel hasta las últimas consecuencias y sin vulnerar la dignidad humana es a lo que está llamado el deportista seguidor de Jesús.

³ Esta propuesta es una aplicación al contexto deportivo del itinerario espiritual del cristiano propuesto por Sobrino (1990).

El deportista está llamado a ser mártir (testigo) del evangelio, heraldo de la Buena Noticia que se anuncia corriendo, y testigo-testimonio de la paz, la justicia y la justificación que obra Dios en el hombre.

El deportista que vive una espiritualidad liberadora es un deportista feliz. No es aquel que entrena y lleva su cuerpo al límite para recordar de manera masoquista los sufrimientos del Señor. ¡No!, esa autodestrucción camuflada de ascética no tiene cabida en una sana espiritualidad, porque Dios no desea el sufrimiento ni necesita de nuestro dolor y sangre para alegrarse. Lo que Dios necesita es que cuidemos de sus hijos.

Conclusión

La liberación del deportista es el resultado de un encuentro personal con el Señor resucitado y por eso se habla de mística y espiritualidad liberadoras. Ser deportista místico no es más que experimentar plenamente la realidad que se presenta como amor y que invita a ser misericordioso con los deportistas maltratados, alienados, carentes de recursos para subsistir, utilizados como objetos de producción de medallas, preocupados y angustiados por obtener fama, prestigio y dinero. La mística y espiritualidad deportivas van más allá de rescatar los elementos del deporte que ayudan al crecimiento espiritual de la persona, que es como tradicionalmente se ha desarrollado este tema; implica también lo contrario, humanizar el contexto deportivo partiendo de una experiencia sanadora y gratuita que incita a buscar el bien común y la justicia en el ámbito de la competencia y el rendimiento.

Referencias

Adarme, Sergio (2004). *Significado cultural y teológico del deporte*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Alonso Lasheras, Alfonso (2006). Deporte y espiritualidad. *Sal Terrae*, 94/9 (1105), 747-51.

Brohm, Jean-Marie (1982). *Sociología política del deporte*. México: Fondo de Cultura Económica.

Duque Salas, Luis Alberto (1997). *El valor humano y cristiano del deporte según el magisterio pontificio: de Pío XII a Juan Pablo II (Tesis de doctorado)*. Roma: Pontificium Athaenaeum Sanctae Crucis.

Gamarra, Saturnino (1997). *Teología espiritual*, 2ª ed. Madrid: BAC.

- Lenk, Hans (1989). El deporte entre el zen y el yo. *Concilium* , 225, 291-305.
- Moreno, Juan José (2006). Deporte y espíritu. *Sal Terrae* , 94/9 (1105), 739-746.
- Panikkar, Raimon (2005). *De la mística*. Barcelona: Herder.
- Rúa Penagos, Jonathan Andrés (2011). ¿Psicología del Deporte o lavado de cerebro? *Poiésis* , 11 (22).
- _____ (2012a). A propósito de la Teología del Deporte. En: Amerindia, *Congreso Continental de Teología: La Teología de la Liberación en perspectiva* (págs. 217-226). Montevideo: Doble Clic.
- _____ (2012b). Presupuestos antropológicos y epistemológicos para una Teología del Deporte. *Cuestiones teológicas* , 39 (91), 139-158.
- _____ (2012c). Teología y deporte: análisis crítico del deporte en Colombia a la luz de la fe. *Educación Física y Deporte* , 31 (1), 873-880.
- Ryan, Thomas (1989). Hacia una espiritualidad del deporte. *Concilium* , 225, 280-290.
- Sérgio, Manuel (2003). *Um corte epistemológico. Da educação física à motricidade humana*, 2ª ed. Lisboa: Instituto Piaget.
- Sobrino, Jon (1990). Espiritualidad y seguimiento de Jesús. En I. Ellacuría, & J. Sobrino, *Misterium Liberationis* (págs. 449-476). Madrid: Trotta.